

La Palabra

Literatura latinoamericana



Óscar Quintero
De la serie De alas y de hadas
"Galeras"
Técnica mixta sobre lienzo
100x70 cm
Año 2003

La herida abierta de Aniceto Hevia: anarquismo en *Hijo de ladrón**

Clara María Parra Triana**

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
cparratriana@hotmail.com

Resumen:

Propongo una lectura crítica de *Hijo de ladrón* (1951)¹, novela del escritor chileno Manuel Rojas (1896-1973), la cual consolida una evaluación crítica ante las problemáticas ético-estéticas de mediados del siglo XX en el campo de la novela chilena. Sostengo que en dicha obra el anarquismo se presenta como una respuesta ética válida ante los conflictos existenciales.

Palabras clave:

Manuel Rojas, literatura chilena, criollismo, imaginismo, anarquismo.

* Artículo de reflexión producto de las investigaciones realizadas por la autora en el Doctorado en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Concepción.

** Doctora en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Concepción-Chile y Magíster en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo. Investigadora de la Corporación Si Mañana Despierto para la Creación e Investigación de la Literatura y las Artes.

¹ Para el presente documento nos remitiremos a la 38.ª edición de la novela, publicada en el año 2006 por la empresa editora Zig-Zag.

The open wound of Aniceto Hevia: anarchism in *Hijo de ladrón* [Son of a thief]

Abstract:

I propose a critical reading of *Hijo de ladrón* (1951), a novel written by Manuel Rojas Chilean writer (1896-1973), in which it can be found a critical evaluation of ethical and esthetic problems of the middle twentieth century in the Chilean novel field. I defend that anarchism is the ethical response presented on the work in front of existential conflicts.

Key words:

Manuel Rojas, Chilean literature, creolism, imaginism, anarchism.

Hijo de ladrón es la novela que le ha merecido a su autor, Manuel Rojas, el mayor reconocimiento dentro del concepto de literatura nacional -para el caso, la chilena, consolidándose así como el escritor chileno con mayor consagración otorgada tanto por sus pares como por los especialistas y, avasalladoramente, por el público. En consecuencia, nos surge el cuestionamiento por el tipo de evaluación que arroja la obra, sobre sus condiciones de producción y, ante su realidad circundante, siendo su toma de posición el punto en el cual la novela se pone en contacto con las estructuras culturales que median entre la vida social y las producciones artísticas.

Hijo de Ladrón es una de las obras que goza de un gran capital simbólico² acumulado, lo cual la ha llevado a un alto grado de aceptación por parte del público, siendo favorecida por políticas nacionales de cultura del libro en ediciones económicas y de fácil acceso, junto con la revisión por parte de estudiosos de equivalente capital simbólico en el campo de la crítica y los estudios literarios (Alegría, Anderson Imbert, Latcham, Rodríguez Monegal, entre otros); a ello se adhiere la recepción del autor del Premio Nacional de Literatura en el año 1957³. Todo lo anterior ha hecho que esta obra se consolide como una instancia idónea para ver en perspectiva las tendencias y polémicas literarias chilenas del siglo XX, en particular las disputas desarrolladas en el período de producción literaria del autor (entre los años 20 y 60). Para la crítica especializada, la obra literaria de Rojas atraviesa significativamente las disputas estéticas de casi cuarenta años de producción literaria y crítica, siendo su proyecto uno de los más coherentemente trazados.

A la tan famosa polémica entre criollistas e imaginistas (que toma gran relevancia dentro de la narrativa chilena a principios del siglo XX), Manuel Rojas respondió directamente tanto con su obra narrativa como con sus trabajos ensayísticos, en especial con *El árbol siempre verde* (1960) que, de manera crítica, señaló la inutilidad de la preocupación sobre qué narrar y sobre quién hacerlo, siendo lo primordial hablar del hombre y los conflictos humanos que intensifican su drama vital, y le convierten en el mejor argumento de cualquier obra:

Los escritores latinoamericanos deben interesarse porque la novela que escriben alcance el lugar que debe alcanzar en la literatura universal... si seguimos eso [que lo importante de la literatura es la descripción del paisaje] correremos el peligro de seguir subestimando al ser humano como personaje de nuestras novelas, descuidándolo al punto de que, menos que ser humano, aparezca como otro adorno de la naturaleza, suprimiendo así en él lo más valioso que la novela tiene: el estudio y descripción de la vida sensible del hombre, no sólo del hombre latinoamericano, sino del hombre universal (Rojas, 1960, p. 69).

Lo anterior nos señala la toma de posición crítica, ambiciosa y exigente que asume Rojas ante el campo literario chileno: frente a sus antecesores y contemporáneos revela el deseo de procurarse una posición de reconocimiento y consagración por la subversión que realiza de la doxa literaria, no como ruptura sino como continuación crítica; por ejemplo, ante la polémica criollista-imaginista, Rojas no se opone radicalmente sino que, en nombre del estudio

² En el caso del gran campo de la producción cultural, Bourdieu (1995) señala que ya sea éste artístico o científico, el objeto en disputa es el *capital simbólico*, que, sin excluir el económico, asegura la permanencia legítima ante los pares y ante el público que los favorece; aquello se alcanza gracias al *mercado de bienes simbólicos* que se consolida gracias a los productos (obras) que inscriben las *tomas de posición* con respecto a la realidad circundante, el oficio mismo en el que se mueven, el carácter comunicante con otros espacios de la producción y las relaciones sociales que se establecen, a partir de los círculos que juegan el juego de la consolidación y buscan trascender su momento y su lugar.

³ En el año 1942, el Premio Nacional de Literatura se instauró como una manera de amparar a los escritores que no tenían auxilios ni beneficios. Al recibir este estímulo, se aseguraba, de forma vitalicia, la recepción de sueldo que les facilitarían vivir de su oficio de escritores sin arriesgarse a la marginalidad social. Al mismo tiempo, y por el carácter del premio, los escritores que lo recibieron lograron el reconocimiento nacional, de su trabajo y la posibilidad de que sus obras fueran consideradas dentro de los textos de revisión obligada por los estudiosos.

de la propia literatura nacional, construye su estética privilegiando lo que a su juicio ha sido soslayado, pero siempre planteándose para sí mismo la tarea de "aportar" proporcionalmente a la superación de estéticas ya formuladas y explotadas incluso para la literatura latinoamericana en general. En este sentido, "el principio no discutido" del que emana la posición de Rojas dentro del campo de la literatura chilena sería el de su anhelo por construir una literatura que mostrara las formas en las que el hombre lucha para abrirse un espacio satisfactorio en el mundo, y cómo esa lucha construye a un ser humano que vive y siente su realidad social.

De allí que Hijo de ladrón -sin caer en los excesos del criollismo que denuncia Rojas "basta hablar de la patria, del paisaje, del huaso o del roto" (Rojas, 1960, p. 153)-, se preocupe como ninguna obra anterior (en su campo nacional y en su tipo de recepción) de las "agonías" humanas, relatándolas en un lenguaje sin pretensiones didácticas o políticas, asegurándose así iluminar con el efecto de faro, tanto su campo de producción como el de su recepción. De allí se deriva uno de los señalamientos más enfáticos que realizó el escritor a la obra de uno de sus pares contemporáneos:

En la obra de Mariano Latorre no encontramos un problema personal, una agonía, un sentido de la cualidad de la vida de que habló, una experiencia vital, un mundo propio a todo ello junto. En gran parte de sus cuentos aparece sólo como un espectador objetivo, extraño al mundo que mira, como un periodista, como un profesor, como un turista, como el amigo de alguien (Rojas, 1960, p. 161).

Al evaluar críticamente el trabajo literario de Mariano Latorre y, potencialmente el del "así llamado criollismo", Manuel Rojas instala una nueva ética: el principio de preocupación por el hombre como el elemento primordial del arte, asegurándose así de que su obra fuera leída como el ejemplo más claro de dicho principio.

En sus trabajos ensayísticos -me refiero principalmente

a El árbol siempre verde-, Rojas realiza exigencias desde el punto de vista ético-experiencial al escritor como individuo. Él no concibe el oficio de escritor como un trabajo artificioso, en el que se hable de lo que no se conoce, de lo que no se ha experimentado. De allí la fuerza vital de ese "árbol siempre verde": un ser vivo que atrae, que es interesante, por su ramaje, por su capacidad de comunicación con los otros a través de sus tonalidades, de su atractivo. Quien no ha experimentado no sabe de qué habla, es como si impostara la voz, como si mintiera. Muy consecuente con sus exigencias, Manuel Rojas conoce de sobra las travesías de sus personajes, el desencanto en el que viven y la lucha diaria que significa su existencia.

Tanto en Acerca de la literatura chilena como en Algo sobre mi experiencia literaria -ensayos que se encuentran en El árbol siempre verde-, se hace legible ese grado de compromiso experiencial-vital que del escritor debe emanar hacia la obra y de la obra hacia el lector. Su experiencia literaria, según declara, se le presenta como imperativa gracias al hambre y a sus amistades anarquistas chilenas: "mi contacto con gente que, como los anarquistas, tenían el gusto y casi la manía de la lectura, mi amistad con Gómez Rojas y finalmente la necesidad, y casi la amenaza del hambre, que me hizo escribir Laguna" (Rojas, 1960, p. 45); aquello se le va a imponer categóricamente como proyecto literario y vital, lo cual le llevará a adelantar su concepción de la vida literaria como una tarea coherente y crítica.

En efecto, para el caso de Manuel Rojas y lo concerniente a Hijo de ladrón, adquiere relevancia su condición de paria y su contacto temprano y permanente con el anarquismo, tanto en las filas como en las proclamas, junto con la lectura y referencia a Henry David Thoreau en su Walden o la vida en los bosques y El deber de la desobediencia civil, que recuerdan el impulso libertario de los miembros de la Colonia Tolstoyana con sus consignas de culto a "la belleza de la vida sencilla, en la no resistencia al mal [por la fuerza]... y la necesidad de huir de los vicios de los placeres de la vida cotidiana" (Oelker, 1995, p. 177).

Bajo las condiciones socioeconómicas que impulsaron a Rojas a dejar Argentina, atravesar la cordillera a pie (varias veces) y ejercer cualquier oficio para su supervivencia, se generó en él una conciencia analítica del hombre social y sus necesidades de supervivencia. Obviamente, Rojas no ostentaba ni el acento ni la concepción burguesa de los tolstoyanos chilenos (“tendríamos allí los recursos de la civilización, y además, yo quedaría a un paso de mi familia”, señala Fernando Santiván en *Memorias de un tolstoyano* (citado en Oelker, 1995, p. 183)); por el contrario, la marca distintiva de iniciar a muy corta edad el contacto con el mundo obrero, el hambre y el desarraigo le van a permitir a Rojas encontrarse con estos grupos humanos que en el desamparo social plantean respuestas de inconformidad.

El autodidactismo lo opone singularmente a los escritores que, al ostentar una posición socialmente favorecida, poseían los medios para ejercer el oficio sin vivir en la premura de la existencia diaria. En consecuencia, lo que se desprende de la experiencia de Rojas es una crítica enfática a los “novelistas académicos” (como el ya señalado caso de Mariano Latorre) y el reclamo al pensamiento chileno para que se instale por fin en el diálogo con la literatura universal.

Su lectura de los textos de Thoreau, señalada en *Un personaje novelístico latinoamericano* (1960) y en *Dos centenarios* (documento que aparece en la revista *Babel*, 1954), condensa lo que del proyecto existencial del norteamericano es útil para la percepción y construcción del hombre fundamental, el hombre básico que perseguirá su producción novelística; señala Rojas:

“Walden o la vida en los bosques” es, en efecto, un libro escrito por alguien que sólo cree en el hombre y que piensa que solo en el hombre está la salvación del hombre. Le son indiferentes la sociedad, los grupos, las masas, las clases; le preocupa sólo el hombre, y su propósito, al marcharse a vivir a las orillas del Walden, es huir de todo aquello y acercarse más a sí mismo, es decir, al hombre (González y Rojas, 2005, p. 263).

Con estos apuntes, la gran pregunta ético-estética que Manuel Rojas se plantea como escritor, se hace evidente: ¿cómo hablar del hombre sin reivindicar posturas radicales y sin pretender realizar cartografías que reduzcan la problemática del ser humano como actor en el mundo? La opción “individualista” de Thoreau, que en realidad posee una consigna filantrópica de “entregarlo todo por el hombre” se convierte en su clave de acceso al papel de un arte más analítico, cuanto más se ocupa de las crisis humanas. Ello nos lleva a preguntarnos si el contacto temprano con los anarquistas (y su declaración abierta como militante en “Algo sobre mi experiencia literaria”) lo llevó a plantear el anarquismo como una toma de posición que evalúa las dimensiones cognoscitivas, éticas y estéticas de su producción novelística y en particular en *Hijo de ladrón*.

El anarquismo en el que militó Manuel Rojas y que le puso en contacto con las filas proletarias y obreras lo convirtió en uno de sus voceros abiertamente manifiestos a través de sus comentarios realizados en la prensa obrera. En diarios anarquistas como *La Batalla* y *Claridad*, Rojas, junto a José Santos González Vera y José Domingo Gómez Rojas, expresó su adhesión y compromiso con esta concepción de la realidad social chilena, vista desde el proletariado sin beneficios que rechaza la oligarquía despótica de la minoría más favorecida económica y políticamente.

El anarquismo concebido básicamente como un rechazo a la injusticia e inequidad a las que se han sometido las sociedades humanas por los desequilibrios político-económicos imperantes, plantea que el ser humano ha de estar por encima de cualquier interés utilitarista, instalando como meta primordial el sueño igualitario de una “justicia para todos”:

El anarquismo fue la primera orgánica que definió su acción encaminada a disputar el control de los espacios productores y difusores de la cultura, controlados por el modelo homogenizador... fueron sociedades generadoras de resistencia cultural en cuyo seno se comenzaron a gestar

respuestas alternativas elaboradas de capas culturales sedimentales, comprometidas ideológicamente con la transformación revolucionaria de todo el tejido social y cultural de la nación (Pereira, 2005, p. 15).

Del proyecto anarquista empeñado en instaurar “una sociedad libre alejada de toda autoridad y de cualquier influencia estatal” (Pereira, 2005, p. 21) emanó un deseo de superar la marginalidad y perseguir el desarrollo humano espiritual e identitario individuales. Para que el anarquismo se consolidara como una visión crítica del hombre y de su historia social, necesitó de su posición marginal en constante lucha con las esferas del poder al que rechazaba.

Del desencanto de Rojas y en general de los redactores de la revista Babel ante el cambio del proyecto revolucionario ruso

-Desconsolado, hube de reconocer que la revolución rusa no me daría ya más de lo que me había dado y que lo demás, es decir, lo que sobre ella se ha ido acumulando, no solamente no parecía nada que ver conmigo como poeta, sino que, peor aún, parecía que tampoco tenía nada que ver con la revolución misma (González y Rojas, 2005, p. 162)-,

se produjo esa tendencia crítico-ideológica que le evitó a Rojas llevar a su obra literaria las ilusiones utópicas del movimiento libertario.

Teniendo en perspectiva la desvirtualización de los objetivos revolucionarios, la esperanza que en estos últimos estaba depositada, los intelectuales ácratas chilenos desmontan la idealización y le apuestan al distanciamiento crítico de dichas tendencias. Es así como el joven Manuel Rojas atestigua y experimenta tanto la tendencia idealizadora de los proyectos revolucionarios -ya por definición críticos de su realidad social problemática-, como el distanciamiento de estos por encontrarlos derruidos e insatisfactorios.

Encontrándose tan espinoso el panorama socio-

ideológico de los años cuarenta para estos agentes del campo literario chileno en el que los intelectuales ácratas se veían desprovistos de ejemplos para formular y seguir su posición opuesta y marginal con respecto al campo del poder, y su contienda declarada ante las formas burguesas de promoción y difusión literaria, el grupo al cual pertenecía Rojas y su trabajo literario (narrativo-novelístico) habrían de erigir una respuesta significativa capaz de recoger los resultados de las pugnas y desencantos.

De esta manera, la obra asiste a enriquecer el campo de tomas de posición que ante las problemáticas ético-existenciales se formulaban, siendo Hijo de ladrón la puesta en forma de aquellos sistemas axiológicos. La evaluación que allí se encuentra no se da a modo de manifiesto ideológico, sino en su complejidad artística, en lo que a la constitución del héroe y su ruptura con el mundo se refiere.

La narración autobiográfica de Aniceto Hevia se dedica a revisar el sentido de la vida y del camino existencial que lo ha llevado hasta el punto del cuestionamiento con el que inicia la novela: “¿Cómo y por qué llegué hasta allí?” (Rojas, 2006, p. 7). En dicha narración el héroe reconstruye sus recuerdos en consonancia con el deseo de responder a la pregunta señalada. Las reminiscencias familiares, las imágenes de los seres humanos vistos y encontrados en su camino, el contacto con hombres desprovistos del sentido de vivir, de luchar y de integrar proyectos, envuelven el relato de una carga evaluadora que se halla lejos de afirmar la adhesión a sistemas establecidos; por el contrario, le lleva a entablar una búsqueda no resignada de enfrentamiento a las dificultades que el mundo ofrece.

La lectura de la obra que nos entrega Berta López Morales (1987) como novela de aprendizaje antiburguesa le apunta de forma certera al análisis de la postura axiológica que emana de los trabajos de Aniceto Hevia por encontrar su lugar en el mundo y el sentido de su existencia. López realiza una distinción significativa entre Aniceto-narrador y Aniceto-héroe. Según la estudiosa, el primero analiza las conductas

del segundo, superándolo en lucidez; el segundo sería el sujeto que se permite vivir, pero que no analiza su existencia a largo plazo. De esta partición surge el motivo generador del sistema de valores que integra la forma de la novela: la capacidad de elegir el destino, vinculada estrechamente a la idea de libertad que mueve a Aniceto a no desfallecer ante su empresa de no dejarse morir. En ningún sentido López plantea que Aniceto-héroe sea un resignado. Ella lo contrapone a los personajes con los cuales se encuentra, en especial con Cristián y El Filósofo, quienes se han negado derechamente a asumir vínculo alguno con los sistemas de integración social. El no cuestionamiento de Cristián y la indiferencia de El Filósofo los aleja de Aniceto desde la forma de asumirse como individuos ante el mundo y al mismo tiempo asocia a Aniceto con El Filósofo, por la vaga idea de libertad que promulgan y persiguen:

Piénsese en Cristián cuya rebeldía, de signo diferente a la de Aniceto, es una negación de la muerte, de la entrega al sistema por inanición, pues al convertirse en ladrón no está dispuesto a aceptar lo que la legalidad burguesa prescribe: la sumisión de los pobres diablos. El Filósofo, con su falta de resolución no está señalando ni su aceptación ni su rechazo a los valores de la sociedad, puesto que es un "indiferente", pero en sus ideas, en su reflexión, en su rechazo al trabajo (según la axiología del texto es una de las formas más inocentes de sumisión, de integración al sistema), El Filósofo adhiere si no en acción, a través de su pensamiento a los valores del héroe (López, 1987, p. 113).

La forma de oposición al sistema burgués capitalista por el que se encausa Aniceto, le provoca la rememoración de su pasado como el camino por el que opta para vivir según su deseo, sin verse sometido por las voces de autoridad, ni por los dictámenes de la adquisición de trabajo-dinero que condicionan el acceso a la libertad. Aniceto realiza una opción particular: no logra vincularse a las filas obreras, pero tampoco desea adherirse a la delincuencia. Para él, delinquir no constituye un proyecto vital consciente,

aunque reconoce que sí fue el de su padre, gracias al cual mantuvieron una vida digna él y sus hermanos, en una infancia casi feliz. Ser «hijo de ladrón» es una marca de nacimiento que hace las veces de determinante social de exclusión, luego de la muerte de su madre y de su salida al mundo.

Al ser un héroe subversivo (López, 1987), tanto para el espacio burgués como para el delictivo (recordemos su inadecuación a la cárcel y su temor al salir de ella), su posición no le permite encajar en el orden del mundo, lo que le incentiva el cuestionamiento al narrar su adolescencia y a ver en su soledad la ambigüedad de su libertad:

¿Escribir? ¿A quién? Menos absurdo era proponerme a encontrar un camello pasando por el ojo de una aguja que un pariente mío en una de las ciudades del Atlántico sur, preferidas por ellos. Mis parientes eran seres nómadas, no nómadas esteparios, apacentadores de renos o de asnos, sino nómadas urbanos, errantes de ciudad en ciudad y de república en república. Pertenecían a las tribus que prefirieron los ganados a las hortalizas, y el mar a las banquetas del artesano cuyos individuos se resisten aún con variada fortuna a la jornada de ocho horas, a la racionalización del trabajo y a los reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios - sencillos unos, complicados o peligrosos otros- que les permiten conservar su costumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, peregrinos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco los caminos (Rojas, 2006, p. 13).

Un hombre que se reconoce solitario y deseoso de libertad, ese es Aniceto Hevia. Su tránsito y sus trabajos son los de aquel que ha emprendido una búsqueda particular que de muy difícil manera se abre paso en el camino de los otros. La solidaridad que necesita del medio la obtiene a muy baja cuantía, se topa con hombres igualmente necesitados, los cuales no pueden ofrecer mucho más de lo que tienen y

que a causa del desencanto, la indiferencia y la decepción deciden soportar el peso de los días sin albergar grandes esperanzas.

Sin lugar a dudas, los elementos más significativos que configuran el sistema de valores evaluador de la novela son el pago de las cuotas y la herida. El primero atraviesa el periplo vital del héroe. "Pagar cuotas" se hace necesario, se le impone de forma categórica, de tal manera que ni siquiera tiene la posibilidad de elegir cómo ni cuándo pagar; con el solo hecho de existir, el hombre adquiere una deuda que es necesario cubrir con sufrimiento. Vivir abonando el derecho a existir, con la claridad de pertenecer a otro, vivir de prestado hasta morir (pagar la deuda completa), es la manera en que el narrador evalúa el estado de entrega constante en que vive el hombre, ya sea ésta material o trascendental, ya que al ser humano sólo le es posible vivir en estado de préstamo.

Había pasado malos ratos, es cierto, pero me pareció natural y lógico pasarlos: eran quizá unan contribución de cada cierto tiempo, era necesario pagar a alguien, desconocido aunque exigente, y no era justo que uno solo, mi padre, pagara siempre por todos los cuatro hermanos estábamos ya crecidos y debíamos empezar a aportar nuestras cuotas, y como no podíamos dar lo que otros dan, trabajo o dinero, dimos lo único que en ese tiempo, y como hijos de ladrón, teníamos libertad y lágrimas (Rojas, 2006, p. 17).

La tesis que sostiene la trayectoria de Aniceto Hevia es, en consecuencia, la de poseer una existencia que paga el precio de la libertad a un "dios oculto" que se encarga de cobrársela en un tiempo determinado, el tiempo que dure su existencia: "Estás libre, arréglatelas como puedas" (Rojas, 2009, p. 79). Las cuotas de sufrimiento se ven recompensadas con el sentido de la lucidez. Una vez que Aniceto experimenta el presidio (con su madre) y el desmembramiento de su familia inicia la ruptura mental que le hace despertar a la hostilidad del mundo, ya que su infancia se aleja y entra en una adolescencia cargada de esfuerzos y sinsabores.

La herida en el pulmón que adquiere Aniceto en su estadía en la cárcel condiciona su pequeña libertad. Una herida que no se ve, pero que se siente y se manifiesta, recordándole a su víctima que su libertad no es completa, que para entrar en el dolor y en el sufrimiento no hace falta realizar grandes esfuerzos, pero si se decide vivir con ella, es decir, no dejarse morir por su causa, entonces sí hay que comprometer todos los actos banales, trascendentales, experienciales y emocionales. La aventura de vivir es, entonces, la forma de hacerse cargo por cuenta y riesgo propios de la herida, aunque sangre, aunque duela. En este sentido, el anhelo de vivir choca con los constantes traspies que da el individuo que necesita hacer uso de su libertad para elegir. Aniceto siempre quiere irse, el mar lo llama, no tiene límites ni caminos, es puro espacio abierto, éste le muestra la posibilidad de alcanzar el modo de vida al que aspira.

Buscar la libertad, desearla, poseerla y luego no saber qué hacer con ella; allí se encuentra la propuesta crítica de Hijo de ladrón. A las consignas anarquistas de El Filósofo, "el trabajo es una esclavitud", se le suma la indiferencia que este asume para construir su propio espacio de libertad; el anarquismo y la indiferencia son dos características que se excluyen, pero que, al encontrarse las dos en El Filósofo, despiertan en Aniceto el rechazo ante la pasividad y el conformismo declarados abiertamente:

Advertía en mí algo que no había en ellos, un ímpetu o una inquietud que no tenía dirección ni destino, pero que me impediría aceptar para siempre sólo lo que la casualidad quisiera darme. Quizá sí debía eso a mi padre. En ocasiones, la misma fuerza puede servir para obrar en varias direcciones; todo está en saber utilizarla. No tenía ambiciones, no podía tenerlas, pero existía en mí un límite de resistencia por las cosas exteriores, ajenas a mí mismo. Esto lo acepto, esto no. Hasta ahí llegaba. No era mucho, pero era suficiente (Rojas, 2006, p. 273).

La resolución activa de Aniceto, que lo aleja insuperablemente de El Filósofo y de Cristián deja

abierto el final de la novela y con ello la apertura del proyecto apenas iniciado por el héroe. Su anarquismo es más reflexivo y coherente, menos "charlatán". El joven opta por una actitud libertaria activa para sí mismo, consciente de no querer seguir el camino de la indigencia, manteniéndose en constante alerta ante las imposiciones (hay que recordar que su primer acto de libertad lo ejerció muy temprano al dar el ladrillazo a Isaias, quien quiso patearlo injustamente), buscando la manera de escapar, haciéndose espacio con sus escasos pero propios medios.

Para José Promis la novela del fundamento, que se preocupó por indagar en "la precariedad humana" adjudicándole a sus personajes la persecución de la autenticidad de la existencia, se puede encontrar paradigmáticamente en *Hijo de ladrón*, en donde sus personajes: "establecen conflicto entre el mundo 'oficial' que se funda en la religión del burocratismo del trámite oficinesco deshumanizado, del mundo 'público' y la realidad secreta y precaria de los individuos dominados por las normas del primero" (Promis, 1993, p. 91); Aniceto y sus camaradas experimentan vidas atormentadas por la inautenticidad del mundo, encontrándose el héroe enclavado en un espacio de lucha en el cual la pertenencia a uno de los espacios, ya sea el proletario/obrero o el marginal/indigente, le obligan a verse en la necesidad de elegir, y al realizar la elección enfatizar en su lucha por mantenerse firme.

El fundamento o la búsqueda de autenticidad de la existencia es, para Aniceto, la única manera posible de integrarse al mundo, sin sentir que se lastima y que en potencia perjudica su entorno. En su conciencia (que comienza a perder su estrechez infantil) la baraja de posibilidades para alcanzar la dicha se reduce, en la medida en que inicia la comprensión de los espacios sociales cerrados a los que, por conciencia de su origen, no accederá y por las condiciones en que se encuentra está bastante lejos de poseer: "Olvidan que el hombre que domina a otro, de alguna manera porque es más inteligente, porque es más rico, porque tiene poder, porque es más fuerte, no debe esperar que jamás el hombre

que se siente dominado alcance alguna vez cualquiera de sus niveles" (Rojas, 2006, p. 277).

Conclusión

En esta revisión general, en el sistema de valores que sostiene la obra de Manuel Rojas, se hace legible la expresión de la actividad valorativa que la literatura, como elaboración ética, estética y cognoscitiva, asume ante las estructuras sociales y culturales. En esa última comunidad a la que se integra Aniceto Hevia se encuentran condensadas las formas de respuesta ácratas ante las cuales el héroe descubre su reconocimiento individual y se resiste críticamente a seguirlas. Éste tampoco desea unirse a las filas sumisas de la búsqueda de trabajo y dinero, desea encontrar algo mejor: hacer uso de su libertad, sin atarse por ninguna circunstancia a preceptos que no tengan que ver directamente con su proyecto existencial individual de suplir sus necesidades.

En medio de un desterrado y un indiferente, ¿cómo se posiciona Aniceto Hevia? Con la concepción de que la libertad es algo que se administra del interior del hombre hacia sus circunstancias y no de forma provocadora ni pasiva, Aniceto intentará (lo digo en futuro por la forma del cierre de la novela) abrirse paso, sin autoengaños, lejos de empresas ajenas y de conformidad pasiva.

De las consignas libertarias que rodean al niño-adolescente, le queda al adolescente-adulto el proyecto vital de la autoconstrucción y la autoafirmación, que lo llevará a abrir los ojos ante las contradicciones del mundo capitalista y burgués. La novela apenas abre la lucha en el sistema de fuerzas al que se va a ver enfrentado el héroe. El campo de poder, para él más despreciable que deseable, se le va a presentar como una fuerza invisible a la cual ha de vencer o por lo menos a la que no tiene planeado adherirse. Su amplitud de conciencia, que ha comenzado a ensancharse irreversiblemente, le llevará a la acción. Por ahora, dejemos que Aniceto y su comunidad de desarraigados continúen su marcha.

Referencias

- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura* (original en francés, 1984). México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (original en francés, 1992). Barcelona: Anagrama.
- Goic, C. (1968). *La novela chilena. Los mitos degradados*. Santiago: Universitaria.
- González, J. y Rojas, M. (2005). *Letras anarquistas. Artículos periodísticos y otros escritos inéditos* (C. Soria, comp.). Santiago: Planeta.
- López, B. (1987). *Hijo de Ladrón, novela de aprendizaje antiburguesa*. Santiago: La Noria.
- Muñoz, L. y Oelker, D. (1993). *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos*. Concepción: Universidad de Concepción.
- Oelker, D. (1982). *La polémica entre criollistas e imaginistas (presentación y documentos)*. *Acta Literaria*, (8), 75-123.
- Oelker, D. (1995). *La colonia tolstoyana*. *Atenea* 471 (pp. 177-190). Concepción-Chile: Universidad de Concepción.
- Pereira, S. (2005). *Antología crítica de la dramaturgia anarquista en Chile*. Santiago: Universidad de Santiago.
- Promis, J. (1977). *La novela chilena actual (orígenes y desarrollo)*. Buenos Aires: Fernando García Cambeyro.
- Promis, J. (1995). *La novela chilena del último siglo*. Santiago: La Noria.
- Rojas, M. (1960). *El árbol siempre verde*. Santiago: Zig-Zag.
- Rojas, M. (2006) *Hijo de ladrón*. (38.ª ed.). Santiago: Zig-Zag.